

LOS DOS CAMINOS

Dios, que ha hecho al hombre libre, respeta siempre esta libertad. Por eso todo el obrar del hombre, todo su discurrir en la vida, está sujeto a una elección libre, de la cual se hace responsable. Y no da igual la opción elegida porque la vida sólo se vive una vez, con cada decisión construimos nuestro futuro, hay oportunidades que no vuelven y hay opciones que destruyen gravemente. Por otro lado, todos los seres humanos deseamos ser felices; es algo natural e instintivo. Dios nos ha creado para ser felices, pero **¿dónde está la felicidad y cómo conseguirla?** Ante las diversas formas que se nos proponen, **la Iglesia, siguiendo a Jesús, ofrece las Bienaventuranzas como camino de felicidad.** ¿Es utópico el “programa” de Jesús? Será o no utópico según la acogida que tenga en el corazón del hombre: si éste pone la felicidad en el poder, en el placer y en el dinero, el programa de Jesús continuará siendo un sueño irrealizable; el que cree en una sociedad más justa, más limpia y más bella, y colabora con sus actitudes y con sus talentos, está haciendo posible estas palabras de Jesús. **La sociedad de la abundancia produce bienestar pero no felicidad**, y sabemos que la felicidad de oropel es falsa y engaña al corazón: **en los países ricos no se muere de paludismo o malaria, pero se muere de vacío, de estrés o de desencanto.**

El mensaje de Jesús rompe con los esquemas de felicidad del mundo; su código de felicidad es tremadamente paradójico y **Él mismo en persona será el exponente de esa paradójica felicidad: en su vida humilde y en obediencia al Padre, y en su muerte de cruz, encontrará su vida plena de resucitado.** Cuando Jesús proclamó las Bienaventuranzas produjo desconcierto; en pleno siglo XXI el mensaje sigue resultando extraño, pero es “la Verdad”, y nuestra experiencia lo atestigua: **la verdadera felicidad se encuentra en Jesucristo muerto y resucitado, que ofrece Vida Eterna, una vida sin muerte, a los que creen en Él.**

El Evangelio, hoy y siempre, suena como bendición o como denuncia según sea la disposición del oyente: ¿dónde estoy yo ante esta Palabra? Porque la clave de lectura está en el modo en que yo me dispongo ante ella: ¿prescindo de Dios o pongo en él mi confianza?, ¿cuento con Él, o soy yo el dios de mi vida? El profeta Jeremías lo explicita con toda claridad: “*Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor... Bendito quien confía en el Señor y en Él pone su confianza...*”. El salmista ha vivido esta misma experiencia y sabe que “*el camino de los impíos acaba mal*”, pero para el justo -el que se ajusta a la Ley del Señor- “*cuanto emprende tiene buen fin*” (Sal 1). Y no se trata de una amenaza, sino de la funesta o dichosa consecuencia de nuestra elección: ¿quién no ha experimentado la “*aridez del desierto*” en algunas ocasiones, y quién, en otras, no ha sentido fuerzas renovadas y dicha sin fin, aún en medio de las mayores dificultades y persecuciones?

El que cree y confía plenamente en el Señor es dichoso; y aquél que cumple el mandamiento de la caridad es dichoso para siempre.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM